darme justamente el nombre de la mas dichosa de todas las madres, despues de haber sido muchos meses la mas desgraciada. Adios, querida hija mia, vuélveme el nombre que la naturaleza me dió respecto á tí; el de Señora me disgusta, aunque venero el sentimiento que te empeña á servirte de él.

CARTA XXXVIII.

DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

QUERIDA MARQUESA MIA: Solo voy á escribir. te cuatro palabras, pues mi corazon está tan lleno de gozo, que mi pluma se niega á toda otra idea. Verificáronse mis pronósticos; tu hermana está curada perfectamente en lo que hace al cuerpo, y entra de un modo tan heróico en la carrera de la virtud, que espero llegue á una eminente perfeccion; no te encargo nada respecto á ella, pues la caridad te dictará mejor que á mí lo que convendrá hacer. Emplea todo el ascendiente que tienes con el Conde y el Marqués para empeñarlos á disminuir el peso de la humillada situacion de nuestra querida penitente; ó yo me engaño mucho, ó ella no me agradeceria nada esta súplica; pero es menester dejarla el cuidado de abatirse, y por otra parte tendrá bastantes ocasiones de hacerlo sin procurárselas nosotros. Por lo que hace á mí, querida mia, he hecho matar el ternero gordo; es decir, que he dado de comer á todos los pobres de la Parroquia en reconocimiento del gran beneficio que hemos recibido de la misericordia del Señor. Hubieras llorado de gozo, si hubieses visto con la gracia que nuestro marquesito sirvió á los pobres, con la cabeza desnuda, y con tal respeto, que se hubiera podido decir que servia á aquel de quien son imágenes. Tuve necesidad de moderar su celo, temerosa de fatigarle demasiado; y despues de haber empleado el primer medio cuarto de hora en este acto de caridad, le llevé á mi gabinete, donde me dijo con gracia, que me habia rejuvenecido, y que estaba tan hermosa como su mamá. Bien conocerás que este cumplimiento no me envaneció; pero es no obstante cierto que mi cara de hoy y la de ayer en nada se parecen. ¡Oh! la alegría es un precioso adorno. Pongo tu humildad en una terrible prueba, Marquesa mia; permito á tu hermana que te diga, que Dios se ha servido de la caridad que has tenido con ella para obrar su conversion: lo hago, porque estoy persuadida á que atribuirás á Dios toda la gloria de esta feliz mudanza, y que léjos de envanecerte, no experimentarás otro afecto que el de darle gracias por

el favor que te ha hecho, empleando un instrumento tan débil para obrar tan grandes cosas. Adios, pues no puedo estár en mi cuarto, y le dejo á cada instante para ir al Oratorio; por lo que va á pasar en vuestra casa, adivinarás en lo que me ocupo.

CARTA XXXIX.

DE LA MARQUESA D.**** A MADAMA DE MONTIER.

QUERIDA MADRE MIA: ¡Cuán tierna es la escena que tengo que pintaros! Nuestros guerreros están abatidos, y aseguran que son inútiles para deciros lo que han sentido, y lo que sienten aun, cuantas explicaciones puedan idearse: semejantes impresiones no se borran en un dia; sin embargo, á mí es pues á quien se refieren para participaros sus sentimientos y su gozo. ¿Cómo os diré el mio? No tengo otro modo de hacéroslo conocer, que recordaros el que tuve cuando me dijeron los médicos que aquella crisis que creyeron os llevase, os volvia la vida en fuerza de nuestras oraciones.

Poco tiempo despues de haber recibido vuestra carta, me hizo mi hermana llamar á su cuarto, y mostró deseo de estár sola conmigo. Por esta vez

interpuse mi autoridad con su terrible guarda, y la mandé retirarse. Si hubiese yo previsto lo que iba á suceder, me hubiera librado de alejar los testigos. Postrada en tierra mi pobre hermana, me hizo, á pesar de mis esfuerzos, una confesion que sin duda su humildad la obligó á exagerar. Jamás he visto un aspecto tan penetrado de dolor como el de esta pobre muchacha: me conjuró previniese á mi esposo y al suyo, que habia ya recobrado su razon; y que los llevase á su cuarto, donde luego que los vió renovó en su presencia los actos de humillacion que habia practicado á solas conmigo. Mas que todo me sorprendió el aire dulce y tranquilo con que confiesa sus faltas. Se diria al verla que toma una especie de placer en envilecerse, y en mostrarse bajo el aspecto mas propio para hacerse despreciar; lo cual es tan ageno de su carácter, que mi esposo y el Conde me confesaron despues, que si yo no les hubiera asegurado su curacion, hubieran sospechado que aun estaba trastornada su cabeza. Ya hacia algunos dias que habia enviado á llamar al Padre D.... excelente Religioso: segun parece ha hecho con él una confesion general. Suplicó á su esposo que la permitiese salir al dia siguiente para ir á la iglesia á dar gracias al Altísimo, lo que se la concedió bajo mi palabra.

Conoce muy bien que se duda aun de su curacion, se avergüenza de cuando en cuando, y noto entra inmediatamente en sí misma para reprimir este movimiento. Apénas volvió de la iglesia cuando pidió como un favor á su esposo, que tomase por criada la muger que la habia guardado en su enfermedad: acto verdaderamente heróico. Sé por mi doncella que la tal muger es una verdadera Megera, y que la ha tratado con mucha crueldad. Al principio me ví tentada á descubrírselo á su esposo, pero despues pensé que era mejor respetar en ella los movimientos del Espíritu Santo, y que debia consultaros ántes. Apénas se supo en la ciudad que habia estado en el templo, cuando se apresuraron las gentes á venir á darla la enhorabuena de su convalecencia. Como no la aman, y ella no lo ignora, conoció desde luego que este apresuramiento ocultaba una curiosidad maligna, y que querian divertirse con su semblante, porque á pesar de nuestros cuidados, por la indiscrecion de esta vil muger que quiere retener consigo, se ha sabido el género de su enfermedad. Esto no la impidió mandar que dejasen entrar á todos los que viniesen. Nada se puede añadir al aire de política y agradecimiento con que los recibió: acompañó á todos al despedirlos, lo que admi-

ró á muchas mugeres, á las cuales habia rehusado este honor, y á las que en realidad no se les debia. Esta mañana correspondia ser para ella un dia terrible, pues era preciso dar gracias al Rey por el interes que tomó por su enfermedad, y exponerse á la vista de la corte, en donde muchos pensaban divertirse malignamente con su turbacion ó visages. Confundió su malignidad, é hizo una cosa verdaderamente heróica. Estás un poco mudada, la dijo el Rey, y no es extraño despues de haber padecido una calentura tan obstinada. V. M. me permitirá le diga, respondió, que mi enfermedad no era calentura; ha sido una verdadera demencia; que ya debia esperarse. Mi combate con el Baron fué una extravagancia que prometia otras muchas. ¿Cómo pues? la dijo el Rey; hablas tan mal de una accion que ha sido una prueba de que tienes un valor heróico. El valor, replicó modestamente mi hermana, no es una virtud propia de mi sexo, sino la dulzura, la decencia y la humildad, y por desgracia solo el nombre conocia estas virtudes. Ha sido para mí una verdadera fortuna este terrible golpe que trastornó mi razon, porque en su vuelta no podia ménos de salir gananciosa. Y has ganado en efecto, respondió el Rey, presentándola segunda vez la mano para que la besa-

se, y encuentro mas heroismo en la confesion que acabas de hacer, que en tu combate. Os confieso, querida madre mia, que me regocijó una mirada que eché sobre el concurso: ¡cuántos semblantes mudados! Esperaban irritar á esta pobre muchacha con proposiciones equívocas sobre su estado, y tuvieron que renunciar á tan maligno placer. Estoy bien segura de que no tuvo en esto mi hermana otra mira que la de humillarse: yo que la conozco perfectamente, veía cuanto tenia que sufrir su naturaleza; pero es evidente que un orgullo bien entendido no debia obrar de otro modo; dió un mal rato á los que pretendian mortificarla, con lo que es preciso abandonen para siempre su proyecto burlesco.

Despues de haber dado el Rey muchos elogios á la ingenuidad de mi hermana, se volvió hácia mí, y me dijo con mucha espresion, que no habia querido distraerme del cuidado que hasta entónces me pedia la enferma; pero que supuesto que gozaba de una perfecta salud, esperaba querria coresponder á la confianza que habia hecho de mí. Ya conoceis mi timidez, querida madre mia; pero no sé qué se hizo en aquel momento: pues sintiendo en mí una fuerza extraordinaria, me tomé la libertad de echarme á los piés del mejor de todos los amos. Se-

ñor, le dije: Dios me es testigo de que segun el vivo reconocimiento que excita en mí la bondad de V. M. creeria hacer poco sacrificio dandoos mi vida; este sacrificio, me atrevo á decirlo, seria ménos efecto de la obligacion que del respetuoso amor que tengo á mi Rey; amor que me dicta las objeciones que me voy á tomar la libertad de haceros. Vuestra bondad no os deja conocer mis débiles talentos; ignorais mi incapacidad, porque á no ser así no me hubierais elevado á un honor que ciertamente no merezco. Mi conciencia me obliga suplicar humildemente á V. M. que no se deje llevar de algunas apariencias de virtud que contra mi voluntad han promulgado mis parientes, y debo dar á la verdad el testimonio de que lo poco bueno que halla en mí, es debido á los consejos de una madre digna de formar los maestros del mundo. Permitid, pues, que os suplique recaiga en ella el honor que me habeis destinado. No me niego, ínterin su salud la permita venir á ofreceros lo restante de su vida, no me niego vuelvo á decir, á ocupar su plaza. No obstante, tengo aun el atrevimiento de pedir otra gracia á mi Rey; y es, que me permita esperar sus consejos ántes de tomar la posesion de un empleo que temo, porque conozco su importancia, y que rehusaria absolutamente,

si no contase con el socorro del cielo, que me le dará por medio de una madre que ha sido siempre su órgano respecto á mí.

El Rey me escuchó sin interrumpirme, ni dar señales de que le fastidiase una arenga que debia parecer larga por mi dificultad en enlazar mis ideas; pero por fortuna mia entendió el lenguaje de mi corazon, y me perdonó mis representaciones: me concedió quince dias para escribiros, y recibir vuestros consejos; me preguntó qué era lo que os impedia venir á estar con nosotros, y habiendo sabido que era miramiento por la delicadeza de mi hijo, me respondió con bondad, que deseaba que la salud de ese niño se restableciese lo bastante para permitiros pasar los montes, y proporcionarle la vista de una maestra, capaz de formar una discípula como yo. Me veo, querida madre mia, obligada á repetiros estos términos, porque á la verdad S. M. se engaña en el concepto que ha formado de mí; y vos sabeis tambien como yo, que cualquiera otra hubiera hecho mas honor á vuestras lecciones. Estoy sumamente humillada por la buena opinion que se empeñan en tener de mí, porque mi conciencia me advierte que no la merezco. Si quiero decir alguna cosa, se toma por humildad lo que no es sino un acto de justicia. No

tengo otro recurso que la esperanza de llegar á ser lo que creen que soy, si puedo tener la felicidad de poseeros. Vos reglareis mi conducta, mis pensamientos, mis deseos, y hasta la menor de mis acciones; entónces sí que mereceré un poco mas las alabanzas que me prodigan.

Os escribo al salir de palacio, y me doy prisa á pediros algunos consejos sobre el modo con que me debo conducir. Emplearé los quince dias que me han concedido en pedir socorro al cielo; uníos á mí para esto. Se me olvidaba deciros que ántes de ir mi hermana á la córte, hizo llamar á mi doncella, á la que pidió humildemente perdon de todo el escándalo que la habia dado durante su enfermedad; despues la abrazó, y la dió un bolsillo con trescientos ducados, diciéndola que tenia para ello licencia de su esposo, y añadió: yo no hubiera podido, sin su permiso, daros esta ligera prueba de mi reconocimiento; nada tengo propio, querida mia, y el Conde se casó conmigo, sin siquiera un sueldo de dote, porque yo era una pobre señorita. Esta muchacha corrió á mi cuarto tan asombrada de la escusa del presente como de la noble confesion de mi hermana, que estaba como loca. ¿Pero no os parece que lleva demasiado léjos la virtud en querer conservar la

muger que tanto la ha ultrajado? Decidme lo que pensais en este particular.

CARTA XL.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER A LA MARQUESA.

QUERIDA MARQUESA MIA. Estoy sumamente contenta y edificada de la conducta de tu hermana; te aseguro que adelantará mucho en el camino de la virtud. Me obligarás siempre á hacerte largas observaciones en cuanto á su conducta; porque lo que hace la parece tampoco, que ni siquiera se dignará decirlo. Conozco, como tú, que tendrá mucho que sufrir de la doncella que ha tomado:pero sería amarla muy poco quererla quitar este medio de reparar sus faltas. Hay virtudes brillantes que pueden muy bien servir de adorno al amor propio, y en éstas es en lo que la deseo una grande circunspeccion. Por lo que hace á estas pequeñas virtudes diarias de soportar los defectos del prójimo en que nadie pone atencion, puede ejercitar las que quiera, y yo me guardare de oponerme á ello. En un cierto rango, querida mia, está una rodeada de viles aduladores; los criados se esmeran en aplaudir las faltas, de los

amos, porque esto es por lo regular un medio de conseguir su benevolencia, y de abrir sus bolsillos. ¡Qué fortuna para el mundo espiritual, la de tener por criado á uno de aquellos génios altivos, obstinados é impolíticamente sinceros! Escucha el caso siguiente referido por San Atanasio de Alejandria.

Una señora de alta clase, que aspiraba á la perfeccion, suplicó al Santo que la diese para acompañarla una de las viudas que mantenia la Iglesia. El Santo Obispo, que estimaba mucho á esta señora, escogió entre las viudas aquella en que habia observado mas piedad, dulzura, y mejor educacion. Al cabo de algunos meses, la preguntó el Obispo, ¿como la iba con su compañera? Muy mal, le respondió. ¡Cómo es eso! la dijo San Atanasio muy admirado; ¿me habré engañado en su carácter? ¿ha tenido la imprudencia de faltaros en algo? Todo lo contrario, respondió la señora: no me quejo sino de su dulzura y deferencia: ¿qué medio hay de adelantar en la virtud con una persona tan respetuosa y sumisa? Ya os entiendo, la dijo el Santo, y tengo con que satisfaceros. Conocia entre las viudas á una de aquellas mugeres que no hablan sin ofender y que creen hacer favor no diciendo sino injurias, tanta es la disposicion en que es-